



Jueves Santo

- Ex 12, 1-8.11-14
- Sal 115
- 2 Cor 11, 23-26
- Jn 13, 1-15

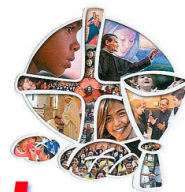
Jueves Santo, algo más que un Pórtico

El Jueves Santo se presenta tradicionalmente como el «pórtico del Triduo Pascual». Con él se inicia la celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, el Cristo. Pero ese día es más. En la celebración de la Cena del Señor, no sólo se anticipa lo que se celebrará, sino que, por lo mismo, es la síntesis, hasta ese momento, de la vida de Jesús. En el signo del lavatorio de los pies, en las palabras ante el pan y el vino, se resume la vida del Hijo de Dios desde el momento de su encarnación: ese acontecimiento ya fue el preludio del abajamiento en el lavatorio. Así como la llamada de los discípulos a compartir vida, misión y enseñanza, fue el signo que anunciaba el banquete compartido donde todos tendrían cabida.

Por ello, la Celebración de la Cena del Señor es la «bisagra» que da unidad a toda la vida terrena de Jesús. Es el nexo que da continuidad a una vida entregada a todos, a una vida entregada por todos.

Jueves Santo: Eucaristía

En la celebración de la Cena se instituyó el sacramento de la Eucaristía. Las palabras que recoge Pablo en la segunda lectura son, como dice, recibidas de una tradición que se remonta al mismo Señor. Con ellas quiso Jesús sintetizar el reinado que había inaugurado. Y es que su vida no dejó de ser pan partido y vino derramado; cuerpo partido y sangre derramada. Ambos para ser repartidos y compartidos sin excepción. Su vida fue una vida eucarística. Una vida que, como acción de gracias al Padre se entregó a todos y por todos. Sin duda, la Eucaristía es para cada cristiano el momento donde se cataliza su vida cotidiana, cobrando una dimensión mayor, y donde se verifica la calidad de su seguimiento. No sólo deberemos pensar nuestro modo de participación en la Eucaristía del Señor durante el año, sino si nuestra vida cotidiana se asemeja a la suya, como ofrenda permanente.



La Misa del Domingo

Jueves Santo: Amor fraterno

En la misma dirección y con la misma motivación Juan, en el evangelio que hemos proclamado y acogido, narra la escena del lavatorio de los pies. Fracción del pan y Lavatorio son dos caras de la misma moneda, dos maneras de decir lo mismo. La entrega de Jesús no es algo simbólico, sino que comporta actos concretos: arrodillarse. Y es ahí —abajo—, y así —sirviendo—, dónde y cuándo Jesús se manifiesta como Señor. Su reinado pasa por «hacerse todo a todos» (cf. 1 Cor 9,22), aunque estén sucios, aunque estén abajo. Su manto real es una toalla y su cetro una jofaina. Su gobierno es el de la entrega; no puntual, ni barata o facilona. Una entrega hasta el extremo, hasta los pies, hasta lo más sucio. Ahí se abaja Jesús porque es allí donde más brilla su salvación. En cuanto salvados deberíamos pensar si dejamos a Jesús que haga brillar su salvación en nosotros. Si le dejamos lavarnos los pies, ir hasta lo más miserable que tenemos y somos, y dejarle ser misericordioso. Sólo así le podremos reconocer y le podremos llamar como tal. Todo fuera de ahí, se convierte en conceptos vacíos, ausentes de experiencia y de vida. Y toda entrega a los demás, desvinculada de esa experiencia, se convierte en mera filantropía y no en testimonio. Pues el «amor fraterno» que celebramos en este día, es un caño que emana del manantial de amor «hasta el extremo» de Jesús en el Lavatorio.

Jueves Santo: Sacerdocio

Este mandato universal del amor fraterno y el memorial de la vida de Jesús, tiene en la Iglesia múltiples formas. De todas ellas imprescindible para salvaguardar las dos caras de la moneda es el Sacerdocio ministerial. Personas llamadas por Dios a «prestarle» a Jesús, palabra, gesto e intención en la celebración de la Eucaristía y en el cuidado de la comunidad, recordando y testimoniando el amor fraterno que entre todos debe reinar. Personas como todas, con todo lo bueno y todo lo malo de cada uno, que reciben la vocación de configurarse y seguir a Cristo, Buen Pastor. Personas que reciben el don del ministerio; algo que no es de ellos y que no es para ellos, sino que pertenece a Jesús y es para que todos puedan participar del amor de Dios en sus sacramentos. Personas que, por su amor a la Palabra, por su mansedumbre en el trato, por su autoridad discreta, por su acompañamiento incondicional, por su servicio abnegado, son signo del Pastor que da la vida por sus ovejas. Sin duda este día debe ser para todos —sacerdotes y laicos—, un día para agradecer el sacerdocio universal recibido en el Bautismo, pero más aún, un día de renovación —para los sacerdotes— y de propuesta —para jóvenes laicos que quizá estén recibiendo esta llamada de Jesús.

Santiago García Mourelo, sdb